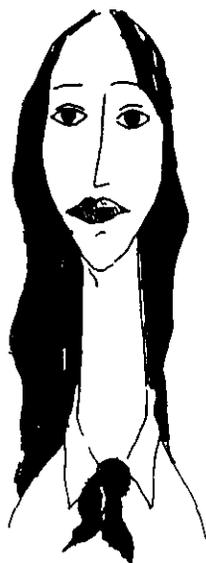


Mi Prima Mercedes

W. Franco Serrano



EN GUAYAQUIL

El calor se marcha lenta, pesadamente, igual la tarde que se vence en el horizonte. Una brisa fresca llega de las entrañas del estero, quizás de más lejos, y derrota poco a poco al bochorno del ambiente. Las aguas torrentosas del río bajan sucias, llenas de lodo, de limo vital.

El Daule, el Babahoyo, se agrupan y amontonan en el Guayas a fin de trasponer las últimas distancias hasta llegar al océano inmenso, rico y lleno de fábulas.

El agua turbia se repleta de vida, bajan y suben las canoas de los pescadores, hombres de piel oscura por tanto sol, tanta tierra, tanta vida; repletos de fuerza para sirgar las aguas, llenos de esperanza y en busca de los mejores bancos de camarones, de las corvinas plateadas, de finos róbalos, de deliciosas rayas. Apenas si siluetean su dibujo cuando pasan junto a los buques grandes de nombres extranjeros anclados en mitad del río.

Es el mismo largo y eterno paisaje repleto de vida que inunda de existencia a Guayaquil desde hace siglos. Sí, yo sé todo esto y mientras miro la existencia que transcurre en el río comprendo su historia, la historia fluvial de la ciudad que mágica y encantada crece junto a su orilla.

La tarde ya tranquila arroja lo superfluo del calor tropical y se prende la magnificencia del crepúsculo que ilumina al puerto sin dibujar la presencia de las nubes. Es toda una inundación de colores la que regurgita en el cielo, matices de todos los colores soñados, imaginados y logrados, colores infinitos hasta emborracharse están allí al alcance de mis ojos que se pierden en la plenitud del horizonte. En cuestión de instantes la tonalidad es distinta, la luz es otra, el cielo arroja una nueva vitalidad de oro, de rosa, de rojo torturado en un violáceo encuentro con el gris. Es como si el color se desnudara para hacer competencia al paisaje fluvial y vegetal que también es pródigo en vida.

Yo miro todo esto mientras me hamaco y escucho los ruidos que hace la ciudad por dentro preparando las cenas hogareñas en cocinas olorosas a menestras, arroz y maduros fritos y deliciosos. Respiro todo el efluvio tropical que nace, que se pudre, que vuelve a crecer y que revienta en colores y perfumes. Un olor vegetal en el que se funden los aromas de laureles, del monte, de las flores. Todo se mezcla, todo se funde, todo nace en la piel de los hombres, de las mujeres, en el sueño de la tierra que sube hasta el firmamento, en los gritos de los niños que juegan en los patios vecinales.

Mientras me hamaco escucho cómo mi prima Mercedes comienza a teclear el piano familiar, viejo piano totalmente nuevo y oloroso, la misma novedad y olor con que llegó un día de Alemania traído por lejanos abuelos y ahora en manos de Mercedes que le hace cantar esa melosa "für Elise", ella nunca me deja decir "Para Elisa", no, que insiste una y otra vez, sólo por fastidiarme, en el "für Elise" y pone su boca en actitud de beso, y así la canción se escapa ligera, hermosa, liviana y desde las cuerdas del piano atraviesa las paredes, la gasa de las cortinas, se tropieza con mi hamaca y sigue de largo por la calle hasta la casa de enfrente a perderse en el lento crepúsculo.

Sin mirarla pienso que Mercedes debe estar hermosa con su cabello negro recién cepillado haciendo marco a su cutis mate que es un prodigio de blancura, olorosa por el baño refrescante de la tarde. Escuchar a Mercedes en el piano es algo que me gusta por sobre muchas cosas, más que salir a tomar la brisa mientras se pasea lentamente por el malecón, más que tomar helados en el "Fortiche", más que mirar las películas cómicas que tiene mi tío de Buster Keaton, de Chaplin o del Gordo o el Flaco. Sí, mucho más que eso me agrada escucharle al piano; y, más que escucharle, mirarle con su melena negra sobre su piel blanca mientras sus labios van como recitando el fraseado de la música y sus ojos entrecerrados viajan, se pierden en el espíritu de la armonía. El mío es un sentimiento confuso de admiración, de placer, de ... no sé bien cómo explicarlo, pero una voz secreta, un ánimo escondido me conmueve.

Me agrada acompañar a Mercedes durante sus largas sesiones de estudio, me siento en el suelo apoyado contra uno de los sillones y desde allí contemplo sus manos que me cautivan mientras pulsan las teclas, se tropiezan y recomienzan los acordes, los fraseados, las escalas, y se vuelven a equivocar y dale otra vez a comenzar. Mercedes en sus cómodos vestidos blancos, rosas, celestes, porque todos le sientan bien, luce hermosísima y extraña cuando estudia en el piano, y yo me quedo como un gran bobo mirándola, escuchándola; y hay un momento compartido en que estamos atados por la música. La presencia síquica de Mercedes me envuelve con tremenda fuerza y hay una atmósfera mágica creada en ella para mí.

LA BODEGA VALENCIANA

Valenciano era él y "bodega valenciana" llamaba su establecimiento. Hombre mas bien bajo de cuerpo, entrado en carnes, de una calva brillante como bola de billar o de esos quesos redondos que vienen de Holanda, de ojos un poco melancólicos y oscuros que miraban más allá de su espacio físico inmediato, en ocasiones usaba su boina negra. Llegó de España a raíz de la guerra civil, igual que tantos otros compatriotas suyos que buscaron en América su refugio. Si lo menciono no es porque tuviera una importancia capital dentro de la vida de Mercedes o la mía sino por lo que a final de cuentas le sucedió.

Su bodega nos esperaba siempre repleta de aromas incitantes : vinos de jerez en pequeños barriles, jamones serranos y otros finos embutidos, galletería y bombones, especies fragantes y hongos secos, pasas ciruelas y qué sé yo. Siempre fue un regocijo para nosotros ir hasta ella y repletarnos de aromas y colores; los chocolates y caramelos puestos casi al alcance de la mano en grandes recipientes redondos de cristal. El valenciano, nunca supimos su nombre, tras el mostrador nos miraba al sesgo entre el humo de su infaltable cigarrillo o del habano que de vez en cuando también fumaba, nos dejaba mirar por todos los lados sin preguntarnos qué deseábamos, sólo cuando hacíamos nuestro pedido parecía percatarse de nuestra existencia. Su mirada siempre fue triste. ¿Es que añoraba a su familia? ¿Es que la tenía en España ... la perdió en la guerra?

Cuando mi prima Mercedes venía a Quito íbamos también a la "bodega valenciana". Mi madre me daba un poco de dinero para que complaciera los antojos de Mercedes, que en su plena adolescencia era una bella muchachita espigada con grandes ojos que llamaban la atención. El valenciano la miraba desde la cima de su humareda pero sin malicia, una mirada larga y sin preguntas, ¿Tal vez recordaba un íntimo familiar de esa edad ... una hija ... una sobrina? Las tragedias de las guerras son insondables. Mercedes me murmuraba "me está mirando, qué le digo?" yo "nada, cállate, siempre es así". Entonces cumplíamos un recorrido igual al de otras veces, esto es, vaciábamos con los ojos el contenido de cada uno de los redondos frascos llenos de chocolates y caramelos, las galletas que nos incitaban con llamados desde su suave textura cremosa; desde nuestra pequeñez pasábamos revista a las altas estanterías llenas de vinos y conservas.

Mercedes no se decidía por nada, le gustaba mirar, investigar, quizás hacía comparaciones con las bodegas de Guayaquil, y aunque pequeña la del valenciano era bien surtida y todo exhibido muy atractivamente. Nunca el dinero que me dio mi madre alcanzó para satisfacer nuestras apetencias.

La visita de mi prima Mercedes coincidía con la semana santa. Se quedaba quince días con nosotros. Cómo anhelaba yo su llegada porque así mi tediosa vida escolar se alegraba con su presencia, íbamos de paseo a distintos sitios o a casa de amigos y parientes que también le agasajaban o al cine con mi madre; y, claro todo eso me agradaba en lugar de permanecer en casa haciendo las tareas.

La bodega del valenciano por esa época era una mezcla de olores contrapuestos, bacalao de noruega, uvas y manzanas de Chile o California. Frutas secas.

En mi recuerdo está unido ese aroma múltiple e incitante con la noticia que conmovió mi barrio, y por supuesto la ciudad, un domingo por la mañana, el valenciano se suicidó. ¿Por qué lo hizo? No dejó carta, ni señas, nada. De un disparo en la sien puso fin a su existencia. ¿Tuvo problemas económicos, sentimentales, se le desgarró el alma igual que a España? Nadie lo supo nunca. Su bodega permaneció cerrada algún tiempo hasta que se instaló otro negocio en ese local.

Mercedes y yo nos sentimos extraños al conocer la noticia. "Claro, por eso la tristeza anticipada de sus ojos" comentó ella; y sin haberlo conocido mayormente nos estremeció ese suicidio. Nos dolió que toda la noche estuviera la muerte rondando nuestro barrio y al fin se cobijara en la "bodega alenciana". ¿En España alguien habrá sentido pena por su fallecimiento? ¿Alguien habrá dicho al pensar en él "pobre, morir tan solo, lejos de su tierra? ¿Que absurdo suicidarse en domingo" o alguna de esas frases que se dicen en ocasiones similares?

Con Mercedes nos quedamos en silencio como escondiéndonos de la muerte repentina mientras el sol jugaba con nuestras sombras interminables.

*(fragmentos de la novela
"Mi prima Mercedes")*